



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 23 de mayo de 2001

Fiesta de los amigos de Dios

1. "Que los fieles festejen su gloria, y canten jubilosos en filas". Esta invitación del salmo 149, que se acaba de proclamar, remite a un alba que está a punto de despuntar y encuentra a los fieles dispuestos a entonar su alabanza matutina. El salmo, con una expresión significativa, define esa alabanza "un cántico nuevo" (v. 1), es decir, un himno solemne y perfecto, adecuado para los últimos días, en los que el Señor reunirá a los justos en un mundo renovado. Todo el salmo está impregnado de un clima de fiesta, inaugurado ya con el *Aleluya* inicial y acompasado luego con cantos, alabanzas, alegría, danzas y el son de tímpanos y cítaras. La oración que este salmo inspira es la acción de gracias de un corazón lleno de júbilo religioso.

2. En el original hebreo del himno, a los protagonistas del salmo se les llama con dos términos característicos de la espiritualidad del Antiguo Testamento. Tres veces se les define ante todo como *hasidim* (vv. 1, 5 y 9), es decir, "los piadosos, los fieles", los que responden con fidelidad y amor (*hesed*) al amor paternal del Señor.

La segunda parte del salmo resulta sorprendente, porque abunda en expresiones bélicas. Resulta extraño que, en un mismo versículo, el salmo ponga juntamente "vítores a Dios en la boca" y "espadas de dos filos en las manos" (v. 6). Reflexionando, podemos comprender el porqué: el salmo fue compuesto para "fieles" que militaban en una guerra de liberación; combatían para librar a su pueblo oprimido y devolverle la posibilidad de servir a Dios. Durante la época de los Macabeos, en el siglo II a.C., los que combatían por la libertad y por la fe, sometidos a dura represión por parte del poder helenístico, se llamaban precisamente *hasidim*, "los fieles" a la palabra de Dios y a las tradiciones de los padres.

3. Desde la perspectiva actual de nuestra oración, esta simbología bélica resulta una imagen de nuestro compromiso de creyentes que, después de cantar a Dios la alabanza matutina, andamos por los caminos del mundo, en medio del mal y de la injusticia. Por desgracia, las fuerzas que se oponen al reino de Dios son formidables: el salmista habla de "pueblos, naciones, reyes y nobles".

A pesar de todo, mantiene la confianza, porque sabe que a su lado está el Señor, que es el auténtico Rey de la historia (v. 2). Por consiguiente, su victoria sobre el mal es segura y será el triunfo del amor. En esta lucha participan todos los *hasidim*, todos los fieles y los justos, que, con la fuerza del Espíritu, llevan a término la obra admirable llamada reino de Dios.

4. San Agustín, tomando como punto de partida el hecho de que el salmo habla de "coro" y de "típanos y cítaras", comenta: "¿Qué es lo que constituye un coro? (...) El coro es un conjunto de personas que cantan juntas. Si cantamos en coro debemos cantar con armonía. Cuando se canta en coro, incluso una sola voz desentonada molesta al que oye y crea confusión en el coro mismo" (*Enarr. in Ps. 149: CCL 40, 7, 1-4*).

Luego, refiriéndose a los instrumentos utilizados por el salmista, se pregunta: "¿Por qué el salmista usa el tímpano y el salterio?". Responde: "Para que no sólo la voz alabe al Señor, sino también las obras. Cuando se utilizan el tímpano y el salterio, las manos se armonizan con la voz. Eso es lo que debes hacer tú. Cuando cantes el aleluya, debes dar pan al hambriento, vestir al desnudo y acoger al peregrino. Si lo haces, no sólo canta la voz, sino que también las manos se armonizan con la voz, pues las palabras concuerdan con las obras" (*ib.*, 8, 1-4).

5. Hay un segundo vocablo con el que se definen los orantes de este salmo: son los *anawim*, es decir, "los pobres, los humildes" (v. 4). Esta expresión es muy frecuente en el Salterio y no sólo indica a los oprimidos, a los pobres y a los perseguidos por la justicia, sino también a los que, siendo fieles a los compromisos morales de la alianza con Dios, son marginados por los que escogen la violencia, la riqueza y la prepotencia. Desde esta perspectiva se comprende que los "pobres" no sólo constituyen una clase social, sino también una opción espiritual. Este es el sentido de la célebre primera bienaventuranza: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos" (*Mt 5, 3*). Ya el profeta Sofonías se dirigía así a los *anawim*: "Buscad al Señor, vosotros todos, humildes de la tierra, que cumplís sus normas; buscad la justicia, buscad la humildad; quizá encontréis cobijo el día de la cólera del Señor" (*So 2, 3*).

6. Ahora bien, el "día de la cólera del Señor" es precisamente el que se describe en la segunda parte del salmo, cuando los "pobres" se ponen de parte de Dios para luchar contra el mal. Por sí mismos, no tienen la fuerza suficiente, ni los medios, ni las estrategias necesarias para oponerse a la irrupción del mal. Sin embargo, la frase del salmista es categórica: "El Señor ama a su pueblo, y adorna con la victoria a los humildes (*anawim*)" (v. 4). Se cumple idealmente lo que el apóstol san Pablo declara a los Corintios: "Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido

Dios; lo que no es, para reducir a la nada lo que es" (1 Co 1, 28).

Con esta confianza "los hijos de Sión" (v. 2), *hasidim* y *anawim*, es decir, los fieles y los pobres, se disponen a vivir su testimonio en el mundo y en la historia. El canto de María recogido en el evangelio de san Lucas —el *Magnificat*— es el eco de los mejores sentimientos de los "hijos de Sión": alabanza jubilosa a Dios Salvador, acción de gracias por las obras grandes que ha hecho por ella el Todopoderoso, lucha contra las fuerzas del mal, solidaridad con los pobres y fidelidad al Dios de la alianza (cf. Lc 1, 46-55).

Saludos

Saludo con afecto a los peregrinos venidos de España, de México y de Colombia, y a todos los provenientes de países de lengua española. Que el rezo de los salmos sea para vosotros una experiencia de profunda oración que os impulse a ser testigos vivos y creíbles del amor de Dios en el mundo.

(A los peregrinos de la República Checa)

Nos estamos preparando para celebrar la Ascensión del Señor. Cristo vuelve a la gloria que le corresponde, pero vuelve con la naturaleza humana que recibió de María. En este sentido, la Ascensión es para nosotros un mensaje de esperanza.

(A los peregrinos eslovacos)

Cristo nos ha preparado un lugar a todos y nos espera. Nuestros pensamientos y obras deben orientarse hacia la patria celestial. En el camino hacia esta meta os acompañe mi bendición apostólica, que de buen grado os imparto a vosotros y a vuestras familias.

(En lengua croata)

La esperanza cristiana debe animar toda la vida de los discípulos de Cristo y su compromiso en la Iglesia, en la familia y en la sociedad civil, pues los cristianos están llamados a ser hombres de esperanza viva y constructiva, alimentada de fe.

(En italiano)

Por último, deseo saludar a los *jóvenes*, a los *enfermos* y a los *recién casados*. Mañana celebraremos la fiesta de la Ascensión del Señor. Queridos *jóvenes*, os invito a aprender de esta solemne fiesta a vivir orientados hacia el cielo, poniendo siempre en primer lugar "las cosas de arriba". A vosotros, queridos *enfermos*, os exhorto a seguir confiadamente a Cristo crucificado, con la seguridad de que, si le somos fieles en la tierra, participaremos de su gloria en el cielo. Y a vosotros, queridos *recién casados*, os deseo que crezcáis cada vez más en el conocimiento de

Cristo y en la escucha de su palabra, para que vuestro amor permanezca fiel y abierto a la vida.

Copyright © Dicastero per la Comunicazione - Libreria Editrice Vaticana